

ANÁLISIS BREVE DE LA REALIDAD ACTUAL.

En estos últimos tiempos se ha discutido con cierto énfasis sobre la supervivencia de la arquitectura correspondiente a la era colonial, y en especial, sobre un hecho que parece vital para ambos contendientes: ¿és o no importante dicha expresión artística?, ¿y, debe o no involucrarse al proceso cultural colombiano?

En medio de la discusión han surgido toda suerte de ideas y soluciones, las cuales han confundido bastante el panorama, hasta un punto tal, que ya no se sabe bien por donde empezar.

Analizando con cuidado los hechos, hemos llegado a una conclusión que creemos sea definitiva: es la de que han aparecido tres posiciones antagónicas, las cuales merecen un cuidadoso estudio, especialmente si se desea encontrar la verdad. De no hacerse así habremos de continuar en discusiones bizantinas que a nada bueno nos han de llevar, y que desde luego, no nos han de ayudar a clarificar los hechos.

Detengámonos por lo tanto, en cada uno de los enfoques mencionados, para extraer del análisis consecuencias positivas, y por ende, prácticas.

DIVAGACIONES SOBRE LA ARQUITECTURA COLONIAL

Por CARLOS ARBELAEZ CAMACHO

LOS TRES CRITERIOS.

El primero de ellos, quizás el más común de todos, es aquel que pudiéramos denominar "tradicionalista". Se caracteriza por un inusitado fervor hacia el pasado y todo lo que esa etapa de la historia representa. A la larga, esta sensación se convierte en un odio fervoroso hacia el presente.

El segundo criterio corresponde a la antítesis del anterior. Consiste en un sentimiento que bien pudiera llamarse "iconoclasta". Desgraciadamente es demasiado común, por la sencilla razón de que la Divina Providencia no ha repartido con exceso la sensibilidad estética entre los hombres. El iconoclasta se caracteriza por un ímpetu —parecido al de la locomotora— el cual pretende arrasar con todo aquello que

huela a viejo, y que —a su juicio— no ha de concordar con la vida presente.

Finalmente, existe un tercer criterio, desafortunadamente con muy escasos adeptos, al cual hemos bautizado "criterio de continuidad". Este lo detentan quienes al par que respetan la producción artística de la colonia —por entender cabalmente su esencia— miran hacia adelante, uniendo, a la manera unamunesca, el pasado y el futuro. Los pertenecientes a esta clase no le tienen miedo al siglo XX y consideran justo, el que nuestra época posea su propia expresión.

Estas tres actitudes, al oponerse, producen un revuelo de tal naturaleza, en el cual, la terquedad de sus respectivos defensores, es, hasta cierto punto, un obstáculo para que las cosas



CARLOS ARBELAEZ CAMACHO

no se arreglen como es de desearse, lo cual vale decir: patrimonio histórico-artístico respetado; interdependencia entre el pasado y el futuro, a través del fugaz presente; y, expresión propia y lógica del siglo en el cual nos cupo en suerte vivir.

EL CRITERIO TRADICIONALISTA.

A este grupo pertenecen aquellas personas de mentalidad romántica, que se sienten más seguras dentro de un mundo de formas y fórmulas conocidas. Temen como es obvio, a todo lo que huelga a nueva. Por su menosprecio a la obra de este siglo, llegan en muchos casos a negarle la posibilidad de producir su propia expresión, con lo cual, adoptan una posición francamente anti-histórica.

Sin embargo, y acá aparece el "quid", estos individuos usan normalmente del "confort" moderno. Viven por lo tanto en una permanente contradicción entre el pensamiento perdido entre las nebulosas de un pasado —tal vez mal entendido— y unas actuaciones acomodadas a un presente— también incomprendido.

A esta categoría pertenecen muchos intelectuales, de aquellos que pudiéramos llamar "toderos", o sea, que pontifican sobre el tema que se les ponga por delante, ya sea la guerra del

Vietnam, el teatro Kabuki, o el Concilio Vaticano, sin olvidar los aburridos temas económicos.

Como a esos "genios", la opinión pública los ha catalogado como tales, es bien difícil discutir con ellos, por lo menos en una forma inteligente.

También pertenecen a esta corriente, los "técnicos" en arquitectura, cuyos conocimientos no pasan más allá de repetir de memoria una serie de nombres, propios al vocabulario arquitectónico, amén de unos cuantos lugares comunes.

Si el futuro de nuestro patrimonio histórico ha de caer en las manos de estos técnicos del balcón, el farol y la reja, que mi Dios nos proteja! En fin de cuentas, no entender a cabalidad un pasado que produjo hombres más capaces que esos, nos pone de presente ante un galimatías difícilmente arreglable.

No se crea que exageramos. Ciertas y determinadas "reencauchadas", introducidas en algunas obras arquitectónicas del pasado, son una demostración de que no mentimos. Salvemos desde luego, ciertas restauraciones, recientemente realizadas, en las cuales es notorio el talento y la sensibilidad de sus autores.

Como no todo ha de ser negativo,

DOCTOR CARLOS ARBELAEZ CAMACHO

Bachiller del Colegio Alemán de Bogotá y Arquitecto de la Universidad Nacional de Colombia, hizo estudios Superiores en Urbanismo y Vivienda, en Londres "School of Planning and Regional Research", en París "Ministere de L'Urbanisme".

Desempeñó cargos de Director de la oficina del Plan Regulador de Bogotá, Decano de la Facultad de Arquitectura, Universidad Javeriana y actualmente Presidente de la Sociedad Colombiana de Arquitectos, profesor titular en Urbanismo e Historia de la Arquitectura en la Universidad Javeriana, Director del Instituto Colombiano de Investigaciones Estéticas, del cual es fundador y miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia.

existen en las filas de los "irradicionalistas", hombres que realmente entienden y sienten la obra del pasado, y que, por esa misma razón lo respetan. No han tenido la oportunidad, o no han querido, comprender el presente por más sórdido que parezca a primera vista. Muchos de ellos se han dejado dominar por el pesimismo —peligroso consejero— y por lo tanto no creen en la efectividad de la lucha. Esta situación, por demás incómoda, agrava las cosas y hace más difícil llegar a la verdad.

EL ICONOCLASTA.

Es esta otra clase de personaje, muy curiosa por cierto. Engreído y totalmente negado para todo aquello que se refiera al espíritu y a la sensibilidad artística. Para el iconoclasta solo existe el siglo XX. La obra del pasado no significa nada para él, salvo un concepto despectivo por esas "viejeces". Su preparación intelectual —si eso puede llamarse así— pasó a distancias kilométricas de las humanidades. Si las cosas dependieran de su omnimoda voluntad, la obra del pasado debida a la laboriosa gestión de los hombres a través de los siglos, debería ser destruida para dar paso al plástico y a la producción en serie.

En realidad, lo grave de esta actitud, radica en la ignorancia supina que se tiene de la historia y de su importancia cultural, amén de una incomprensión sobre las posibilidades inmensas que trae consigo el mundo actual. Copiar el avance, solo por eso, porque es avance, pero sin entender de qué se trata, ni saber de dónde provienen los actuales medios que proporciona el siglo XX, es casi tan criminal como permitirle a un niño arrojar fósforos a una caneca de gasolina.

Por haber "dejado sueltos" a varios iconoclastas, debemos lamentar la suer-

te irreparable de tantas joyas desaparecidas en aras del progreso. De un progreso mal entendido desde luego.

EL CRITERIO DE "CONTINUIDAD"

Se afirma un tanto a la ligera, que las construcciones nuevas no armonizan, en absoluto, con el cuadro urbano formado por las edificaciones más antiguas. De ahí a concluir que los nuevos volúmenes deban imitar a los antiguos, no hay sino un paso. Sin embargo, este es uno de los más absurdos planteamientos que pueda uno imaginarse. En él se niega rotundamente la continuidad histórica. Aún más, diríamos que por visualizar las cosas de esa manera, le estamos quitando piso a una verdad demostrada con creces a lo largo de la historia de la humanidad: la de que existe una continuidad en el desarrollo de las formas y de los espacios, nacida como expresión, tanto del momento histórico vivido, como de las funciones específicas a que ellos han sido destinados.

Añádase a lo anterior, el que dentro de ese proceso evolutivo y continuo, los sistemas de construcción han avanzado paulatinamente, de acuerdo a las experiencias, avances científicos, etc. Con ello se explican sobradamente las diferencias formales, y sobre todo, las esenciales, entre una obra, pongamos por caso, del románico, con otra perteneciente al renacimiento.

Parece lógico pensar, que muchas de las obras de arte que pueden admirarse en el continente europeo, tomaron un largo tiempo para su construcción. Por otra parte, la historia misma nos lo confirma. Durante ese período, las costumbres, los sistemas constructivos y los gustos fueron lentamente evolucionando. Ello ha quedado patente en las formas mismas de la edificación, una vez se terminó.

Díganlo si no, las dos torres de la catedral de Chartres, de las cuales, una pertenece al período de transición entre el románico y el gótico, y la otra, más esbelta, es una muestra inequívoca del gótico flamígero. Es de preguntarse, si la armonía del conjunto se reciente por este hecho? En absoluto. Esta circunstancia es quizás uno de los factores que más contribuyen a la belleza de la Catedral, y por ende, a su definitiva armonía.

Pasemos al campo urbano, en donde esta clase de hechos es más común. Recordemos entonces, uno de los más exquisitos conjuntos cívicos: la Plaza de San Marcos en Venecia. Lo primero que salta a la vista, es, que solamente a base de los siglos y de su evidente evolución, ha sido posible conseguir tan admirable obra de arte.

Esa evolución de que hablábamos, presupone diversidad de sistemas, costumbres, sensibilidad estética, etc. Cada vez que un nuevo edificio iba a agregarse al conjunto, el arquitecto responsable de la fábrica, jamás pensó en levantarla copiando las ya existentes. La diseñó y construyó a la manera de su tiempo, pero con una idea básica en mente: la de armonizar los volúmenes antiguos con el nuevo que nacía de su mente creadora. Esto se llama sinceridad. El juego exquisito del equilibrio armónico, no es otra cosa que la aplicación de un criterio de continuidad histórica, precisamente aquel al cual nos estamos refiriendo ahora.

Por lo tanto, la más honrada de las actuaciones que se pueda permitir el hombre en el proceso de la producción artística, es la de mirar al pasado en busca, no de formas, sino de esencia, de ideas, de intenciones, de ejemplos que le puedan servir de base, o punto de partida, para crear, con lenguaje propio a su siglo, la nueva obra. Ella, de realizarse así, tendrá un parentesco espiritual con el pasado, el cual le per-

mitirá armonizar con él, sin que en el futuro se confunda con un tiempo y un espacio que no le pertenecen. Si queremos construir para que la historia nos involucre en el futuro, seamos sinceros con nosotros mismos y con el momento en el cual nos cupo en suerte vivir.

ANÁLISIS DE LO ANTERIOR.

¿En qué forma los conceptos anteriores nos han de servir para tratar las formas y volúmenes ya construídos, o sea, para preservar la obra del pasado? Esta pregunta la podríamos contestar, mediante lo que los siguientes puntos esenciales nos dicen:

- 1º—Respetando en primer lugar, lo que vale de dichas obras, lo cual equivale a estudiarlas, analizarlas y criticarlas en forma positiva y científica;
- 2º—Buscar por todos los medios posibles, la adecuada protección del patrimonio histórico, ya sea restaurándolo —cuando las circunstancias así lo exijan—, sin atentar contra su integridad, o sea evitando todo aquello que no pertenezca realmente a la obra, a su ambiente y a su esencia. Para ello se requiere por lo tanto, una científica compulsación de documentos, así como de las formas existentes;
- 3º—Buscar hasta donde ello sea posible, el adaptar las antiguas estructuras a nuevas funciones, con el fin de que, al recibir un nuevo impulso, sobrevivan a la ruina a que están condenadas. La vitalidad que se insufla a la obra antigua deberá respetar, en toda su extensión, el marco ambiental en el cual se halla enclavada. Es obvio que una estructura cualquiera, si se abando-

na parece más pronto que si se utiliza en funciones propias del momento actual, tales como hoteles, restaurantes, museos, casas de cultura, bibliotecas, etc.;

49.—Si se hace necesario agregar nuevos volúmenes, o reconstruir antiguos espacios, es indispensable actuar con sinceridad. En el primer caso, mediante una expresión contemporánea pero supeditada al juego —siempre apasionante— de la relación armónica. En el segundo caso, debe quedar claro, que los nuevos sistemas constructivos utilizados, son un mero aporte de hoy, a la estabilidad del ayer, y que por lo tanto, deberán quedar claramente visibles, con el fin de evitar falsificaciones de tipo artístico e histórico.

A MANERA DE EPILOGO.

Las disquisiciones anteriores nos han de permitir sacar algunas conclusiones de tipo positivo, con el fin de lograr los objetivos que nos hemos impuesto.

En primer lugar, para que las gentes entiendan la realidad de nuestro patrimonio histórico-artístico, su valor, y la necesidad de protegerlo en todo momento, es necesario repetir hasta la saciedad estas enseñanzas. Solamente así, se convendrá en que dicho patrimonio forma parte de nuestro proceso cultural. Por otra parte, la generación espontánea no existe.

Se requiere desde luego que las gentes pensantes no nos dejen solos en la lucha. A manera de llamado van estas líneas, y otras que seguramente seguirán. El tesón, llámesele terquedad o voluntad, es una de las cualidades requeridas. Por nuestra parte creemos que no nos ha de faltar.

En segundo lugar, bueno es advertir que ya existe un movimiento de tipo positivo, el cual ha nacido precisamente donde debía nacer: en la Uni-

versidad. En todas y cada una de las facultades de Arquitectura, se están entrenando los futuros profesionales en un ambiente de respeto y de amor por el pasado, entendido como puente para mirar hacia el futuro. Esta actitud no se basa en la vil copia de las formas ya caducas, puesto que eso al fin de cuentas es, o mejor, constituye una mentira. Se trata de algo muy distinto: del análisis exhaustivo de un legado que a todos pertenece, impregnado de colombianismo, aunque a primera vista parezca absurda la frase. De él se derivará el conocimiento de la realidad colombiana y de cosas y hechos que a todos nos deben llenar de orgullo. Cada uno de nosotros, según sea el campo en el cual trabaje, deberá colaborar en la tarea de hacer patria. Los arquitectos creemos estar cumpliendo con nuestro deber, mediante esta ponderosa tarea. No sobra advertir, que la juventud estudiosa ha reaccionado en una forma tan generosa, que los cálculos iniciales se han superado por mucho. Las palabras anteriores habrán de explicar —aunque sea de carrera— la esencia de lo que hemos denominado **Instituto Colombiano de Investigaciones Estéticas**, lo cual no es otra cosa que la unión de todos los centros de historia que operan en las distintas facultades de Arquitectura colombianas.

En tercer lugar, y ya para terminar, es conveniente recordar, que ninguna de estas iniciativas tendría validez, de no existir un organismo oficial, con jurisdicción y mando, encargado de vigilar y velar por el buen estado del patrimonio histórico-artístico. Pues bien, dicho organismo existe y se llama **Consejo de Monumentos Nacionales**. En él, de acuerdo a las normas legales que lo crearon, están representados los diversos organismos interesados en la supervivencia de los valores del espíritu.

Esta información que posiblemente muchos desconocen, habrá de llenar de gozo a quienes se interesan por el tema. Sin embargo, las cosas no son tan claras como a primera vista pudiera parecer. No a causa del propio Consejo, ni por el texto de la legislación vigente sobre el particular.

La situación es de otro orden y la culpa la tiene el mismo Estado, quien creyó que la sanción de la Ley y la expedición del Decreto reglamentario, eran más que suficientes para resolver la difícil tarea que se le encomendó al Consejo.

Ella en verdad es bien compleja, como para que no se le faciliten los medios adecuados para realizarla a entera satisfacción. Dichos medios no son otra cosa que: presupuesto para vivir, y personal administrativo necesario, o sea, una secretaría de tiempo completo y unos cuantos inspectores que pudieran viajar, en forma permanente, por todos los lugares del país en los cuales existan valores monumentales. No se puede pretender que el Consejo de Monumentos Nacionales actúe, con la sola buena voluntad de sus miembros. De seguir así la situación, se han de perder lamentablemente, los generosos esfuerzos de la Academia Colombiana de Historia, por conseguir una

legislación clara y eficaz sobre el particular.

Probablemente se nos dirá, que ante la miseria por la cual atraviesa el país, existen necesidades más importantes, las cuales requieren una inmediata solución. A ello podríamos contestar, que nadie pretende negar una realidad palpable, ni siquiera la jerarquía de valores y de necesidades, pero que también es cierto, que ambas gestiones pudieran realizarse a la par, máxime si la preservación de un patrimonio que a todos pertenece, no le ha de causar fuertes gastos al Estado. Acaso, nos preguntamos, ¿no merece una atención particular una labor como ésta, cuya finalidad se dirige al beneficio de todos, sin distinción de clase o de fortuna? ¿Es que el arte y el placer que de él se deriva, podrían resistir una clasificación de tipo socio-económico, antipática por más veras?

Esperamos que las anteriores argumentaciones hayan servido para ablandar, aunque fuera en un mínimo, los corazones de los funcionarios del Ministerio de Educación Nacional, la máxima rectora de la cultura y de su apropiada difusión por el territorio patrio. Ellos sin lugar a duda, tienen la palabra.

"En nuestros tiempos el fin utilitario se sobrepone al ideal artístico, y así como en los antiguos monumentos el material se sacrificaba para llevar a cabo el ideal que el artista se proponía, hoy el artista se sacrifica para dar forma a la economía del material"

Salvat.